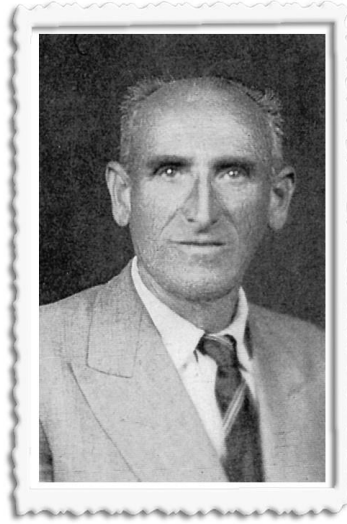


– *La Cancioncica* –

*A la memoria de mi abuelo Alfonso*



*Alfonso Medina Peñalver*

Moreno, enjuto, umbrío niño, hijo de orgulloso, varonil, osado bracero. Tan sólo siete años tenías. Recién comenzabas a reconocer tu espacio. Tal vez ni llegaste a descubrir —entre el ramaje— el sol enjundioso que atestaba la huerta de dorados reflejos. No te dieron la oportunidad. Sólo sombras y dolores contiguos y adultos te envolvían. Salvo que tu madre te acogiera en su falda y jugueteando con su mano en tu espalda te canturreara: “a lo trico trico tra / el borrico colora’ / el cuchillo faldriquero / cuántos dedos hay en el medio?...”

Siete años tenías la tarde en que escuchaste a tu padre decir que se marcharían hacia América. Tan sólo siete años cuando embarcaron en el enclenque y atestado buque que se empecinó durante largas semanas en seguir el curso del sol, balanceándose y crujiendo y llenándote de miedo, que sólo se atenuaba cuando tu madre te llamaba para el juego de los dedos en la espalda. Nunca supiste qué buscaban esas familias y tal vez sea porque nunca encontraste de este lado del mar algo que te deslumbrara.

La odisea no terminó cuando desembarcaron, porque eso no sucedió en Argentina —que debía ser el lugar de destino—, sino en Chile. Siete años tenías y andabas cruzando la cordillera de los Andes a lomo de mula y no había descanso ni dedos de mamá en la espalda, porque era muy dura para una madre embarazada la travesía y no le quedaba resto para hacer jugar a sus pequeños.

Ocho años tenías y ya estaban establecidos en Rosario.

Allí te encontraste con tíos y primos y con los dedos de tu madre sobre tu espalda y su voz que canturreaba a lo trico trico tra / el borrico colora' / el cuchillo faldriquero / cuántos dedos hay en el medio?... mientras tu padre buscaba trabajo y caminaba la ciudad de un extremo a otro. Un día de esos volvió agotado por que había caminado más de la cuenta: le indicaron una dirección en donde necesitaban obreros (a cuatro cuadras de la avenida), pero el pobre no sabía que por aquí cuadras no son cuadras, sino la distancia entre calles y buscando vanamente se pasó el día.

Y la vida dura no cedía y como si fuera poco tu tío Vicente escribía esas poesías tristes y melancólicas que en todas las reuniones familiares repetían: “Qué manera de sonar / las campanas de mi pueblo / las tocan allá en España / y en América las sienten...”

Dieciséis años y ya trabajabas en la carpintería con tu padre y ya no había juegos y tu madre cada vez más era madre de los más pequeños y menos tuya, y no había cancioncica que era tu alivio.

En búsqueda de algún consuelo recorriste las calles de la ciudad, conduciendo el auto de alquiler todo el día y la noche, y el porte de aquella mujer argentina te sedujo y fue dolor y fue traición y no encontraste tu canción infantil que te levante, sino un tango atroz.

Pero la coplilla te estaba esperando en la voz de una archenera como vos, que te dio tres niños y otra vez la escuchaste en tu casa. Pero era demasiada urbe Rosario para dos jóvenes de Archena, y las sierras de Córdoba eran demasiado tentadoras y allá se fueron en busca del sol y el campo y como siempre, la vida seguía dura y la pobreza te seguía a todas partes y tuviste que volver donde tus padres, dejando a tu niña que poco después te regalaría un moreno y enjuto nieto, a quien le podrías cantar mientras jugabas con tus dedos en su espalda y luego vinieron más y la canción volvió a llenar tus días, pero fueron pocos. Es tan dura la vida del hijo del bracero como la del emigrante. Y el cigarrillo entretiene, pero te corta. Es difícil sostenerse en los principios en medio de la fiesta, y negarse a cambiar de nación y negarse a recibir dádivas de gobiernos desprendidos y encontrar trabajo digno sin ser obsecuente de algo o de alguien, cuando los que te rodean no te dejan espacio ni para pensar. Y el cigarrillo, te mata. Y ya no hay canción, ni hay nietos.

Pero hay semillas y hay flores y el moreno y enjuto nieto que ahora mismo está asombrado de que haya una región que se llame Murcia y que cree que los nacidos allí deberían ser llamados murciélagos, mañana puede ser un hombre que se pare en los principios, aún en medio de la fiesta y con algo de fortuna pueda encontrar trabajo digno sin ser obsecuente y reverdecer en otro moreno y enjuto niño al que acoja en su falda y le cante aquella cancioncica, jugando con sus dedos en su espalda.

Es dura y corta la vida del emigrante hijo del bracero. Es sombras. Sin resquicios. Ni siquiera para la poesía. Salvo que algún nieto descubra, un siglo después, que casi un poema dio cuenta de tu nacimiento, niño flaco, moreno y desolado. Y que desde el gris del acta de tu nacimiento pueda leerse: “En la villa de Archena / a la hora de las nueve / del día doce de marzo / de mil novecientos tres...”

Y que otra vez tome a su pequeño niño, y le cante tu canción.

Jorge Oscar Quinteros Medina

*Alfonso Medina Peñalver, “moreno, enjuto y umbrío niño”, llegó a la Argentina cuando tenía siete años de edad. Procedía de Archena, pequeño pueblo de Murcia. Aquí, en Argentina, con el paso de los años, ya hecho hombre, y después de algunos desencuentros en el amor, el destino cruza en su camino a una también archenera, Fuensanta Carrillo Banegas, con quien arma su familia. De esa unión nace Susana Medina Carrillo, con el tiempo, esta hija de archeneros, nacida en Argentina, se casa con Pedro Jorge Quinteros, y de esta unión nace otro “moreno, enjuto y umbrío niño”, al que llaman Jorge Oscar Quinteros, autor de esta obra.*